

Kuolema: cuentos que se escapan de la muerte

Sandra Santana

De los temas universales que dominan la literatura y las artes en general, hay tres que sobresalen: el amor, la vida y la muerte. La muerte es el tema que nos ocupará en esta presentación. De todos los misterios humanos, el mayor, culminación de la vida, paso a lo desconocido, objeto de múltiples y variadas teorías al respecto. En las civilizaciones orientales, la muerte es vista como un fenómeno natural de la existencia, que marca el fin del tránsito por esta vida, pero el principio de otra. Hay culturas que llevan a cabo una gran celebración cuando uno de los suyos muere. En el mundo occidental, la muerte es un tema que se evita, es casi un tabú. Por eso se sufre en demasía a los muertos queridos.

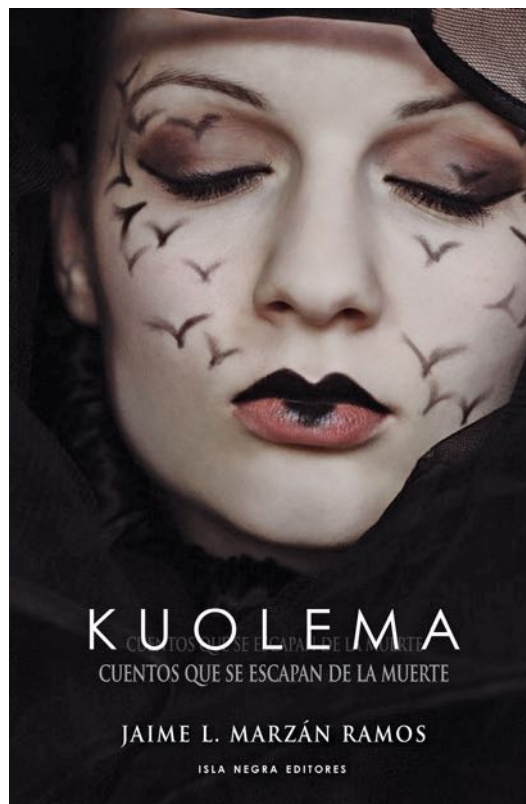
En la niñez, no solemos pensar en la muerte, a menos que ocurra el deceso de un ser querido. En la brillante época de la juventud, evitamos el tema, por el temor que reviste pensar en algo tan definitivo. Ya en la adultez, damos paso a una especie de tregua, a una resignada aceptación de lo inevitable, y es ahí, en general, que formamos nuestra opinión, basada en creencias religiosas, teorías científicas, agnósticas, humanistas o metafísica, con la finalidad de deshacernos del estrés que implica pensar en la muerte. Y es que necesitamos una cierta se-

guridad para poder lidiar con algo que nos rebasa, ese algo que nunca vamos a vencer porque es parte ineludible del paso por esta vida.

En la literatura, la muerte es un tema recurrente. En este libro es el hilo que teje la trama en todas las

¿murciélagos tal vez? De inmediato, el título *Kuolema*, cuentos que se escapan de la muerte, completa el cuadro enigmático, del que es difícil sustraerse. El autor nos presenta, en forma brillante, 29 historias cuyas tramas giran alrededor de la muerte. Hasta los epígrafes son un gran acierto en este libro. El siguiente resume a la perfección el tema central del libro. “Todos imaginan la muerte, hasta que un cadáver obliga a imaginar la vida”. Indudablemente, la imagen de una persona muerta, más aún si es un ser querido, siempre nos hace repensar la vida.

Jaime Marzán es un escritor de muchas luces. Conocedor del lenguaje, su voz es certera y contundente. Utiliza voces narrativas diversas para contar cada historia: formal en ocasiones, con sarcasmo en otras, con un toque de arrogancia a veces, o con delicadas formas. De entrada nos sorprende con una prosa que coquetea con la poesía en el cuento titulado *Paréntesis*.



historias. *Kuolema* significa muerte en el idioma finés.

Son varios los grandes aciertos de Jaime Marzán, que, de la mano de Isla Negra Editores, nos presenta este libro. Lo primero que nos llama poderosamente la atención es la portada. Es imposible pasar de largo sin fijarse en ese rostro hermoso, suspendido en la oscuridad, invadido por criaturas aladas,

“Estaba hecha de la misma materia que los sueños... De la misma cosa con la que se hacen los relámpagos o los vientos, y las cosas etéreas que merodean por la vida. Allí estaba y, de pronto... ¡puf! Se me transformó en una estrella. ¡Y se me perdió entre tantas otras! -Alguna gente es así -me dije, queriéndome conformar a lo ineludible-. Son como luciérnagas... Como la luz que va hacia donde

corren los suspiros... Son como los amores que convierten a la vida en una simple parada de ocasión... Son el segundo que pasó; ese en el que apenas vivimos. Son lo que no regresa; lo que enterramos. Son paréntesis. Hechos de la misma materia que los sueños”.

Hay microcuentos que encierran un mundo en pocas palabras, como *Obituarios*: “Aquí... Leyendo obituarios, para ver cuántos enemigos me quedan”.

En *Kuolema*, el cuento del que el libro toma el título, el autor aborda la historia de la composición del famoso Vals Triste, del finlandés Jean Sibelius. En esta historia, la bailarina vieja, confinada a una cama en espera de la muerte, se levanta y baila su último vals, con su amado que llega desde el otro de la vida. “Terminado el vals, volvió exhausta a su cama. Su cara vestida con la palidez de la parca, sus pulmones luchando por el último aliento y sus ojos cristalizados y hundidos en sus cuencas. Estando así, al filo de la muerte, escuchó lo que le pareció un cerrado aplauso que procedía del silo de la única ventana que había en aquella habitación. Allí estaba sentada *Kuolema*, riendo, mientras le rendía lo que vino a ser, para la bailarina, su última ovación.

En *Vicente*, el protagonista es el pintor holandés, Vincent Van Gogh. En su locura, decide quitarse la vida en la vida real. En el cuento, nos acercamos a un Vicente despojado de la grandeza que le ha otorgado la historia. Un Vicente desesperado, devorada su lucidez por el hambre, un Vicente simplemente humano que nos hace reflexionar en torno a la ironía de la vida, que ignora a un ser humano en su complejidad y circunstancias

poco alentadoras, para luego, tras su muerte, elevarlo a la gloria de la eternidad de los grandes artistas.

El autor, una vez más, se entretiene con la historia, como hizo antes con *Equus Rex*, y con las novelas *Mercedes* y *Rita*; le busca la vuelta, la acomoda, y logra el ángulo desde donde ubicarse para lograr una narración verosímil en la que el lector deja de ser un espectador pasivo, sino que hace suya la trama, se siente parte de la misma.

El ministro y el periodista es un relato que se sitúa en el futuro, en el 2025. En esta historia, ambos personajes dilucidan la importancia del agua. Uno desea internacionalizar el recurso, el otro defiende su pertenencia al territorio nacional. Los personajes se enfrascan en una conversación de eruditos sobre el tema, comenzando por el agua, museos y patrimonios nacionales, hasta la misma humanidad. El impasse desatará una guerra en la que los ganadores no son los humanistas precisamente.

Un acto imprudente que desencadenará en una muerte tipo suicidio está magistralmente narrado en *Postigo*. “Los primeros movimientos fueron fáciles. Se encaramó en una silla y salió por la ventana de la sala sin mucho esfuerzo. Con cautela, apoyó ambos pies sobre la cornisa exterior y, con la espalda pegada a la pared, avanzó lentamente, dejándose guiar por el ruido irritante que le enloquecía”. El lector, no solo es testigo, sino que sufre con el protagonista, que en el intento de resolver un problema, no mide las consecuencias y termina resignado a caer por el alero del edificio, donde se ha sentado, luego de trabar con un botón el postigo de la ventana, cuyo ruido lo estaba volviendo loco.

La muerte que sorprende a quien aún se aferra a la vida, la vemos en *La última mirada*. Una mujer percibe, en el ocaso de su vida, una mirada que la acosa, le repta por la piel, le demanda que se mire en el espejo, a lo que ella se rehúsa, por no enfrentar una vez más los estragos de los años. La mujer llora amargamente mientras la mirada de la muerte se le adhiere al deteriorado cuerpo. El final es contundente, como la misma muerte. “Fue entonces, lentamente y como perdonándola –ya satisfecha- que aquella última mirada, que solo percibió, se cerró sobre ella y se apagó”.

En el cuento *¡Que viva la muerte!*, un escritor lee plácidamente un libro de poemas de Fabián Guerrero Obando cuando de pronto es interrumpido por la muerte. Contrario a la mayoría de las caracterizaciones que se suelen hacer, en esta historia la muerte es un hombre de apariencia común y corriente. El protagonista, cuentista al fin, se pone a argumentar con la muerte y lo convence de que es mejor que se dedique a comer cosas muertas porque el mundo está lleno de cosas muertas. Convencido el personaje de la muerte, se marcha con un ¡Que viva la vida! A lo que el escritor-protagonista responde, entre dientes, ¡Que viva la muerte!

Del resto de los cuentos darán cuenta los lectores. Les aseguro que será una lectura fascinante.

¿Cómo definir la propuesta del autor en esta colección de cuentos? ¿En qué se diferencia de otros libros que tratan el tema de la muerte? La respuesta se puede resumir en una palabra: humanidad. En cada historia, el autor nos muestra al sujeto humano, en toda su gran-

deza y también en su miseria, y su reacción ante el hecho ineludible que es la muerte. Vemos cómo la cultura, las creencias o no creencias, la impetuosidad o la resignación inciden en el comportamiento de los personajes, a la vez que repercute en la psiquis del lector, un gran logro literario del autor, sin duda. ¿Por qué leer Kuolema? Porque es necesario repensar, no solo la muerte, sino la vida misma.

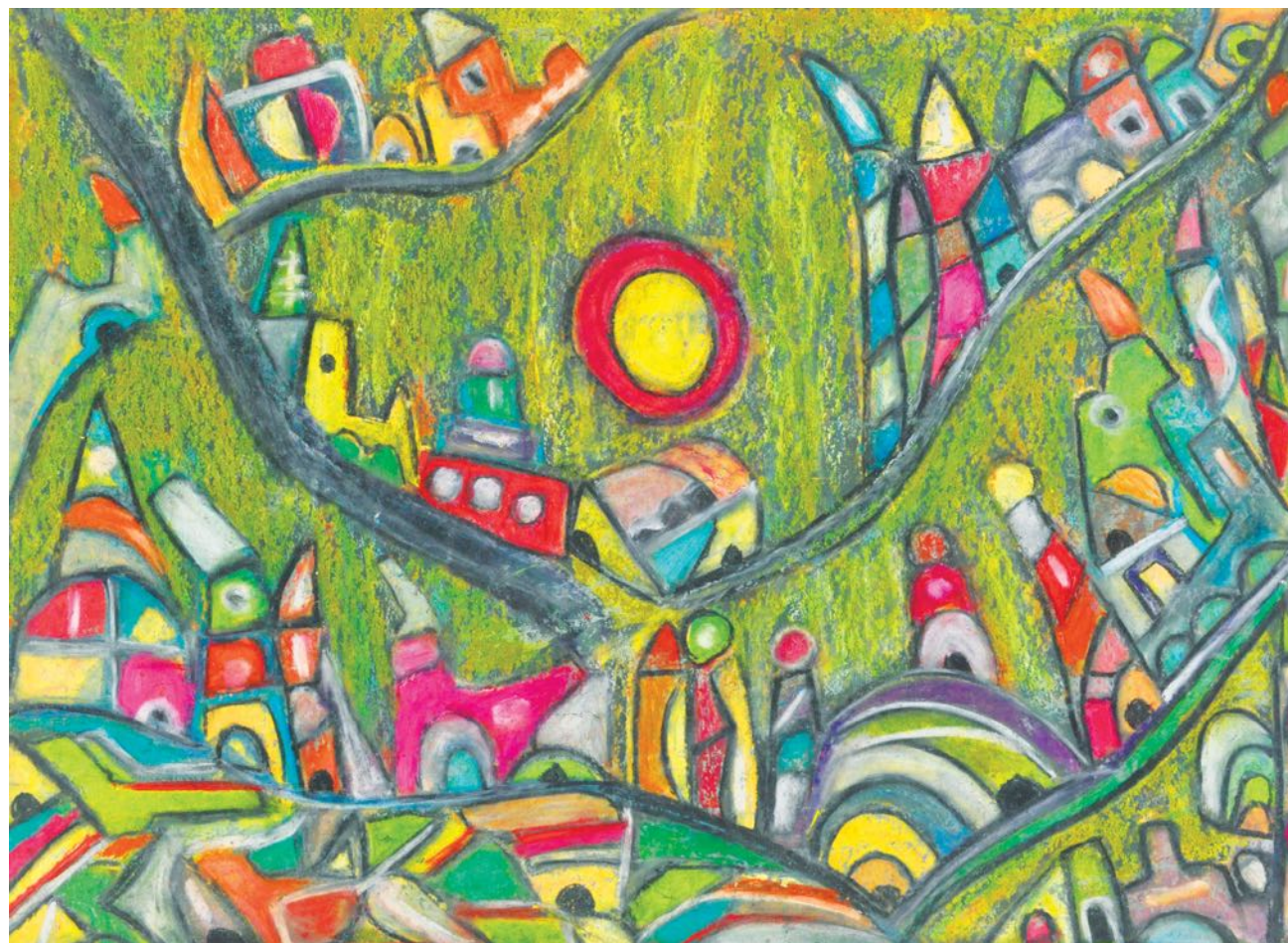
Concluyo esta presentación con una cita de Fabián Guerrero Obando, el escritor y poeta ecuatoriano que se menciona en el cuento ¡Que viva la muerte! La cita es del blog

del escritor en internet. Guerrero Obando, al ser abordado sobre por qué escribe sobre el tema de la muerte, respondió, y cito: “el sobrecogimiento que el solo hecho de pensar te produce porque de lo contrario ni siquiera escribiría sobre el tema”. Y añade: “Hay personas que se envalentonan y niegan el terror, el miedo que eso te produce. Creo que cuando uno escribe, no escribe solamente para que ocurran las cosas que quisieras que ocurran, escribes también para ahuyentar lo que temes. Escribo, por tanto, también contra la enfermedad, contra el dolor, contra la muerte aunque sé que de todas

formas van a llegar y entonces, ya no tendremos con qué responder. Pero aun así, escribimos como si quisiéramos convencernos de que escribiendo o pensando o sintiendo podríamos tenerle a distancia a la muerte”.

Dejo a Jaime con una pregunta: ¿Estás de acuerdo con Guerrero Obando? ¿Le temes a la muerte? ¿También escribes para exorcizar los miedos?

Gracias, Jaime, por un texto impecable, por un libro que desde ya le auguro un gran éxito.



Babel del valle, Jan Martínez. Pastel sobre papel. 2009